

La fuerza del cine rumano

A principios del siglo XXI, años después de acabar la guerra fría, aparece en Rumanía una generación de directores que se sitúan a la cabeza del cine europeo.

AUGUSTO M. TORRES

El 9 de noviembre de 1989, tras diferentes tensiones en los países del bloque comunista europeo, cae el muro de Berlín. Finaliza la división de Alemania entre República Federal y República Democrática. Acaba la guerra fría. Poco a poco estos países dejan de ser aliados forzosos de la Unión Soviética.

Durante las siguientes décadas ocurre un curioso fenómeno a niveles cinematográficos: disminuye la calidad y cantidad de la producción. Desaparece la censura estatal, que llega a apoyar la realización de producciones críticas para exhibirlas en el extranjero como propaganda política, y aparece otra peor: la económica.

Realizadores prestigiosos, los checos Jan Němec, Jíří Weiss y Věra Chytilová, los húngaros Zoltán Fábri, Miklós Jancsó y Márta Mészáros, el polaco Jerzy Kawalerowicz, por poner ejemplos significativos, tienen dificultades para dirigir obras personales, dejan de hacerlas o disminuye su calidad. La excepción es Andrzej Wajda, que a sus 90 años

rueda producciones personales. Debutan menos jóvenes y lo hacen con películas sin interés, realizadas, muchas veces, en coproducción con otras cinematografías e incluso habladas en idiomas ajenos. Otra excepción sería *Ida* (2013), del polaco Pawel Pawlikowski.

La excepción total es Rumanía y su cinematografía. Antes de la caída del muro casi no existe, es la menos atractiva, con la de Bulgaria, de las de los países del Este europeo. Solo hay un director interesante, Lucian Pintilie. La explicación es difícil. Deben analizarse sus circunstancias.

Como en los restantes países comunistas europeos, durante 1989 hay sangrientas revueltas, en este caso contra la dictadura de Ceausescu. Finalizan, tras la caída del muro del Berlín, con la detención de Nicolae Ceausescu y su esposa Elena. A finales de 1989, en juicio sumarísimo, en el que se niegan a declarar por no admitir la legalidad del tribunal que, entre otras cosas, les acusa de ordenar disparar contra los manifestantes, son declarados culpables y el 25 de diciembre, día de Navidad, fusilados. El escritor rumano Norman Manea, exiliado en Estados Unidos, cuenta en su peculiar autobiografía *El regreso del húligan* (Intoarcerea huliganului, 2003), que no es partidario de este sistema. Hubiese preferido juicio ordinario y condena finalizada en su lejana puesta en libertad. Si hubiera muerto en la cama, rodeado de sus esbirros, como otros dictadores europeos de inacabable trayectoria, la situación de Rumanía, en general, y del cine rumano, en concreto, hubiese sido diferente.

Apenas diez años después, desde principios del siglo XXI, con una producción de unas quince películas anuales, aparecen nuevos directores que con limitados medios, teniendo presente la realidad del país y su reciente pasado, hacen interesantes películas personales. Algunas ganan importantes premios en festivales internacionales y casi todas tienen dificultades de distribución.

EL PREMIADO CINE DE MUNGUI Y NETSER

El más destacado es Cristian Mungui (*Iasi*, 1968). Estudia Literatura Inglesa en la Universidad de Iasi, dirección en la Facultad de Cine

de Bucarest y se diploma con el largo *Slum* (2000). Trabaja como profesor, periodista y ayudante de dirección en películas extranjeras rodadas en Rumanía. Tras realizar varios cortos, rueda la comedia *Occident* (2002) y se da a conocer con la fascinante y sórdida *4 meses, 3 semanas y 2 días (4 luni, 3 saptamani si 2 zile, 2007)*. Narra con maestría cómo en 1987, en una pequeña ciudad de Rumanía, una joven aborta, delito castigado con cárcel, ayudada por su íntima amiga y un tipo siniestro, que se aprovecha de ambas. En largas escenas y planos, cámara en mano, cuenta una terrible historia por lo que se ve e intuye, las relaciones entre ambas amigas, con duro realismo. Gana la Palma de Oro del Festival de Cannes.

Más tarde Mungui escribe el guión, se encarga de la producción, supervisa la comedia *Historias de la edad de oro (Amintiri din época de aur, 2009)* –los últimos 15 años de Ceausescu, los peores, la propaganda los denomina “La Edad de Oro”– y dirige el último y mejor de sus seis desiguales episodios. Su obra maestra *Más allá de las colinas (Dupa dealuri, 2012)* describe cómo, tras conocerse en un orfanato, una joven viaja desde Alemania para visitar a una amiga, monja en un monasterio ortodoxo en Rumanía, fascinada por el padre y la madre que lo rigen, al encontrar en ellos la familia que nunca tuvo. No quiere irse con ella, el padre cree que está endemoniada, la exorciza y muere. Desarrolla su personal y realista estilo, apoyado en largos e imaginativos planos, uno por escena, en una compleja relación entre dos mujeres, similar a la expuesta en su anterior largo.

Seguido de Calin Peter Netser (Petrosani, 1975). Pasa doce años en Alemania, regresa a su país, realiza el corto *Zapada mieilor* (1998) y debuta en el largo con *Maria* (2003), retrato de una joven con siete hijos que sobrevive entre la miseria y el paro. Dirige *Medalla de honor (Medalia de onoare, 2009)*, dibujo de un hombre que a los 75 años recibe una medalla por casualidad y aprovecha para ganarse el respeto de su familia y amigos. Se da a conocer con *Madre e hijo (Pozitia copilului, 2013)*, sobre una posesiva madre que activa sus influencias para evitar que su hijo, responsable de

la muerte de un niño cuando circulaba en automóvil a excesiva velocidad, vaya a la cárcel en un mundo regido por la corrupción. Obtiene el Oso de Oro en el Festival de Berlín.

LAS FASCINANTES PELÍCULAS DE MITULESCU, MUNTEAN, PUIU Y PORUMBOIU

Destaca Catalin Mitulescu (Bucarest, 1972). Guionista, productor y director, debuta con la producción de episodios *Bucaresti-Wien, 8-15* (2002). Entre guiones escritos para otros y cortos, gana la Palma de Oro del Festival de Cannes con *Traffic* (2004). Los directores Martin Scorsese y Wim Wenders le permiten darse a conocer con el largo *Cómo celebré el fin del mundo (Cum mi-am petrecut sfarsitul lumii, 2006)*, del que son productores ejecutivos. Dibuja Rumanía, en los últimos tiempos de Ceausescu a través de cortes de luz, canciones patrióticas, homenajes al dictador, personas que le imitan y celebran su huida, detención y muerte, desde una humilde familia que en 1989 vive en las afueras de Bucarest. Se consagra con *Loverboy* (2011), sobre un joven que en Constanza, Mar Negro, enamora y seduce a vírgenes para prostituirlas. Obra dura, bien rodada, con eficaces escenas eróticas y hábil guión.

Además de Radu Muntean (Bucarest, 1971). Graduado en Dirección en la Academia de Teatro y Cine, dirige premiados anuncios para agencias internacionales. Tras el documental *Si ei sunt ai nostri* (1992), debuta en el largo con *Furia* (2002), que transcurre durante el día en que unos hombres buscan el dinero que deben a un mafioso; y *El papel será azul (Hîrtia va fi albastră, 2006)*, sobre la noche del 22 al 23 de diciembre de 1989, cuando Ceausescu huye de Bucarest, narrada a través de cinco policías que patrullan la capital en tanqueta, abatidos por confundir el santo y seña. Se da a conocer con *Boogie* (2007), que en planos-secuencia cuenta el encuentro el 1 de mayo de tres amigos con una prostituta y lo que supone para uno de ellos, casado y con un hijo pequeño; *Martes, después de Navidad (Martii, după Crăciun, 2010)*, presentada en el Festival de Cannes, rodada en largos pla-

nos, sobre un banquero que unas navidades confiesa a su mujer que tiene una amante; y *Un piso de abajo* (*Un etaj mai jos*, 2015), personal policiaco que gira en torno al temor a la delación de un testigo casual de un crimen más que a la detención del asesino.

Sin olvidar a Cristi Puiu (Bucarest, 1967). Diplomado en la Escuela Superior de Artes Visuales de Ginebra con el documental *25.12 Bucharest, Nort Railway Station* (1995). En Rumanía colabora como guionista con los directores Lucian Pintilie y Răzvan Radulescu y debuta como realizador de largos con *Marfa si banji* (2001). Con el corto *Un cartus de Kent si un pachet de cafea* (2004) gana el Oso de Oro del Festival de Berlín. Se da a conocer con *La muerte del señor Lazarescu* (*Moartea domnului Lazarescu*, 2005), realizada en largos planos cámara en mano. Describe el recorrido en ambulancia durante una noche de un hombre de 62 años, que vive en un sórdido piso, por tres hospitales de Bucarest, llenos por los heridos de un accidente, hasta que deciden que tiene un coágulo en el cerebro y le preparan para operarlo. Realista y sórdido dibujo, entre el drama y la comedia, del hombre, sus vecinos y los médicos y enfermeras de los hospitales. Su obra maestra es *Aurora* (2010), historia de un cuádruple asesinato cometido en Bucarest por un ingeniero técnico de 42 años divorciado y desesperado. Lenta y desdramatizada historia rodada con habilidad en largos planos, uno por acción, con tiempos muertos, repeticiones, escenas con personajes en continuo movimiento. Realizada con dureza, imaginación y habilidad, da una triste imagen de Rumanía y los rumanos.

Y al guionista y director Corneliu Porumboiu (Vaslui, 1975). Tras *12:08 Al este de Bucarest* (*A fost sau na-fost?*, 2006), que narra con imaginación y escasos medios cómo dieciséis años después de que Ceausescu huya de Bucarest, en una ciudad de provincias, el director y presentador de la televisión local organiza un programa para saber cómo sus ciudadanos participaron en la Revolución que acabó con él; y *Policía, adjetivo* (*Politist, Adjectiv*, 2009), que describe con realismo y humor la triste existencia de un anodino policía en Vaslui, ambas presentadas en el Festival de Cannes;

triumfa con *Cuando cae la noche sobre Bucarest o Metabolismo* (*Când se lasa seara pestre Bucuresti sau Metabolism*, 2013), personalísima, teórica y ascética narración sobre un joven realizador que, a mitad del rodaje, cambia el guión para que una actriz secundaria se desnude y acostarse con ella. Y *El tesoro* (*Camoara*, 2015), sobre las relaciones entre un hombre, su mujer, sus hijos y su vecino en busca de un hipotético tesoro.

SIETE PRODUCCIONES DE INTERÉS

Sobresale el documental *Autobiografía de Nicolae Ceausescu* (*Autobiografia lui Nicolae Ceausescu*, 2010), de Andrei Ujicâ (Timisoara, 1951). Entre imágenes del juicio al dictador y su mujer, se desarrolla una larga –dura tres horas– y perfecta selección de fragmentos, primero de documentales rumanos de la época y después de imágenes de televisión, que repasan la ascensión de Ceausescu y los 24 años, de 1965 a 1889, que está en el poder. Las visitas de dignatarios, el general De Gaulle, el presidente Nixon, etcétera. Sus viajes al extranjero, Estados Unidos, China y Corea del Norte. Su megalomanía al construir inmensas avenidas y grandes edificios en Bucarest. Su atractivo reside en estar hecho con material de archivo, las propias imágenes de propaganda del dictador, sin comentarios ni rótulos, solo utiliza las palabras de sus repetitivos e insustanciales discursos.

Resulta fascinante *En algún lugar de Palilula* (*Undeva la Palilula*, 2012), con la que el famoso director de teatro Silviu Purcारेte (Bucarest, 1950) escribe y realiza su única película. Obra personal, rodada en grandes decorados, con evidente carga teatral e influencia del último cine de Fellini, con excelentes escenas como la extraña boda celebrada entre un festín de ancas de rana. Ambientada en los años sesenta, en Palilula, remota comarca rural donde hace años que no nacen niños, a cuyo hospital es destinado un joven pediatra tras la muerte del viejo titular. Los pacientes se mueven entre la cordialidad y la locura, están más sanos que los médicos y les gusta presenciar las autopsias, en peculiares fiestas, presididas por grandes retratos de Ceausescu y señora.

Tiene interés *Quod erat demonstrandum* (2013), segundo largo de Andrei Gruzsnicki (Prahova, 1962), retrato en blanco y negro de la vida en ambientes universitarios bajo la dictadura, dado a través de una bien desarrollada historia controlada por la Securitate, la policía política. En 1983, un brillante matemático de 35 años, que no ha publicado su tesis por carecer de contactos en el Partido Comunista, se entera de que una compañera de facultad ha conseguido visado para irse a París. Piensa darle su revolucionario teorema para publicarlo en el extranjero, pero desencadenan tantas intrigas que desiste.

En *Toda nuestra familia* (*Toata lumea din familia noastra*, 2012), su tercer largo, Radu Jude (Bucarest, 1977) desarrolla, cámara en mano, una insólita situación, en casi un solo decorado, que se mueve entre la comedia y el drama. Un hombre va a buscar a su hija pequeña a su antigua casa, donde vive con su exmujer, su amante y su exsuegra, para llevarla de vacaciones. El amante se niega, su exmujer llama a la policía. El hombre maniata a su exmujer y a su amante y encierra a su exsuegra y a su hija. Cuando la policía aporrea la puerta, salta por una ventana. Con la ambiciosa y literaria *Aferim!* (2015), ambientada en 1835, en Valaquia, sobre la esclavitud de los gitanos, gana el Oso de Plata en el Festival de Berlín.

El debutante Tudor Cristian Jurgiu (Medias, 1984) hace en *El perro japonés* (*Câinele Japonez*, 2013) una espléndida producción, bien rodada en amplios y largos planos, donde nada se explica; lo poco que sucede hay que deducirlo de mínimos datos. En un pueblo, un anciano, que ha perdido a su mujer y su casa en una inundación, vive en una destaralada mansión sin luz ni agua. Llegan su hijo, su mujer japonesa y su nieto de 6 años al funeral y viven unos días en la mansión. El anciano se lleva bien con su nieto. Su hijo le dice que regresan a Japón. El día de su partida, el niño regala a su abuelo su juguete perro-robot. El anciano no se resigna a vivir solo y parte de viaje ¿a Japón?

Más conocido como productor, como la española *Cantbal* (2013), de Manuel Martín Cuenca, entre las películas como guionista y director de Tudor Giurgiu (Cluj-Napoca, 1972), destaca *¿Por qué yo?* (*De ce eu?*, 2015). Parte de hechos reales para contar cómo un joven

e idealista fiscal en 2002, en Budapest, investiga por corrupción a un veterano fiscal, tras el que se esconden restos de la Securitate, y acaba por suicidarse.

En su segundo largo, *Autorretrato de una buena hija* (*Autoportretul unei fete cumini*, 2015), la guionista y directora Ana Lungu (Bucarest, 1978) cuenta una historia, quizá demasiado simple, sobre una mujer de 30 años, pero de forma personal, en largos planos fijos, con un peculiar tono erótico y habla de los cambios arquitectónicos realizados por el dictador Ceausescu en ciertos barrios de Bucarest.

La mayoría de estas películas, realizadas con limitados medios y teniendo en cuenta el reciente pasado para describir el presente, están producidas gracias al apoyo de Eurimages, el fondo de la Comisión Europea para ayudas a la producción cinematográfica. A veces son coproducciones mayoritarias con países europeos, en especial Francia, siempre dispuesta a ayudar a buenos realizadores. Resulta curioso que tras algunas aparezca la cadena de televisión norteamericana HBO gracias a su canal en Bucarest.

El problema de la cinematografía rumana, como el de todas las europeas, es la distribución. Salvo las que obtienen premios en festivales internacionales, las restantes tienen problemas de difusión. Muchas solo pueden verse en las semanas de cine organizadas por el Instituto de Cultura Rumano. Resulta desolador que las más absurdas producciones norteamericanas se estrenen al mismo tiempo en inmejorables condiciones en toda la Unión Europea y las europeas tengan insalvables dificultades para pasar de un país europeo a otro. La excepción son las francesas, debido a que sus sucesivos gobiernos creen en su cine y lo apoyan. Sus películas se han convertido en las de mayor difusión tras las norteamericanas.



AUGUSTO M. TORRES ES CINEASTA Y ESCRITOR.